

«Posicionarse»: relaciones de producción y relaciones de distribución

(*Relectura crítica de Una secuencia particular*)

Théorie Communiste nº 25, mayo de 2016, pp. 61-70

Aun cuando las situaciones sean diferentes, leyendo *Una secuencia particular/¿En qué punto de la crisis estamos?*, podríamos vernos llevados a pensar en la forma en que nosotros (TC) habíamos analizado el democratismo radical como una formalización del límite general del ciclo de luchas que permanecía en él (no tener otro horizonte que el capital). Se trataba de un *análisis teórico en cuyo seno estábamos situados con una toma de partido y un punto de vista*. Eso es lo que parece echarse cruelmente a faltar en *Una secuencia particular/¿En qué punto de la crisis estamos?*. El punto de vista del entomólogo no basta, y en materia teórica incluso es falso.

Dentro de los movimientos actuales hay distinciones o más bien líneas divisorias por construir: al igual que el «carácter injusto» del reparto de la riqueza, la deslegitimación del Estado desnacionalizado puede adoptar rostros, crear dinámicas distintas y ser portadora de implicaciones diferentes en función de lo que estos movimientos dicen de sí mismos, pero sobre todo en función de la historia de los lugares afectados, de la historia del país y de su Estado. En países como Brasil y otros, en los que la violencia de las relaciones de clases ha estado hasta ahora poco «amortiguada» por el Estado, no es lo mismo denunciar la ilegitimidad del Estado y su incapacidad de «ser justo» porque es estructuralmente corrupto, etc., que en un país como Francia donde la identidad nacional siempre se ha apoyado en un Estado fuerte, republicano (pacto), e intervencionista, etc. «Allá abajo», sin caer en idealizaciones, la idea nacional puede expresar un orgullo de clase a oponer a la globalización y a la mundialización económica encarnada por Estados Unidos. Un mismo tema, una misma reivindicación, de cosas formalmente idénticas pueden construir líneas divisorias diversas que permitan prever rupturas y posibilidades en el marco de la situación actual. En el mismo orden de ideas, si en la actualidad y a escala mundial, todo se juega en torno a la cuestión del Estado, no es lo mismo encontrarse en una situación en que denunciar la injusticia de la distribución y el papel central del Estado en el reparto y la inscripción institucional local de esta injusticia remite directamente a todas las determinaciones de la explotación globalizada (en crisis, por lo demás) y en la que la pertenencia de clase se presenta como un límite, como algo puramente impuesto por el capital (te extirpamos de tu campaña para mandarte a currar a la ciudad), como una injusticia definitivamente «irreparable», que estar en una situación en la que esta denuncia haga referencia, en el contexto de la competencia mundial y racializada entre trabajadores, a una situación supuestamente envidiable anterior a la reestructuración y su crisis, en la que existía un Estado llamado «social», como contrapoder imaginario frente a la explotación capitalista mundial o como benévolo regulador de los intercambios internacionales.

Es preciso que el análisis sea intrínsecamente toma de partido y posicionamiento. En resumen, si queremos recobrar el espíritu, también hace falta leer de esta forma los movimientos actuales y sus referencias al Estado y a la distribución en función de cómo se construyó o no la identidad obrera y en función de su desaparición. La cuestión de la

identidad obrera está directamente vinculada con el Estado como interlocutor y geográficamente situada (*cf.* Louis Martin, *Je lutte des classes/sur le mouvement contre la réforme des retraites de 2010*, Ed. Senonevero). No podemos quedarnos en una teoría «comprensiva». Incluso si de momento cuesta identificar dinámicas en los límites, es necesaria una intransigencia teórica total con los movimientos que formalizan los límites y permanecen en ellos. Lo más cerca posible de nosotros, frente al ambiente reaccionario francés y a la popularidad de las ideas del Frente Nacional, no podemos contentarnos con mostrarnos comprensivos y decir: «pobrecitos proletarios, necesitan volver a darle sentido a su vida porque tienen miedo de no tener ya qué comer y con qué curarse»...

Si la revolución es la expresión de la vertiente «superación» de la relación de clase en el marco de un ciclo, entonces también podemos hablar y pensar en términos de contrarrevolución y establecer líneas divisorias. Esta ausencia de toma de partido es la debilidad central del texto *Una secuencia particular*, basada en la dicotomía entre relaciones de producción y relaciones de distribución que se han formalizado en una relación de exclusión recíproca en lugar de en un juego reflexivo permanente. Mediante el uso autonomizado que se hace de las relaciones de distribución, las distintas luchas basadas en éstas se presentan como indeterminadas y se remiten como a un «error», pero este «error» también se sobreentiende como una verdad de la lucha de clases, sin que sepamos cómo. No es así como podremos posicionarnos. Hay que elaborar la teoría de las contradicciones y las luchas actuales de acuerdo con la estructura específica de la relación de clases en un lugar dado, y si globalmente las luchas se inscriben dentro de las relaciones de distribución, ¿qué dice esto acerca de la relación con las relaciones de producción, que lleva a las clases y las capas sociales a distinguirse realmente y tomar partido en cada situación? Y en Francia, cuando una fracción de los proletarios blancos toma partido, nuestra teoría también debe de ser una toma de partido... a riesgo de pegárnosla.

Si leer los movimientos actuales y sus referencias al Estado y a la distribución en función de cómo se construyó o no la identidad obrera en ellos y en función de su desaparición es un punto de partida, quedarse ahí comportaría algunos riesgos teóricos de consideración. El principal es el de concebir todo el período que toca a su fin (el «capital reestructurado») de forma negativa, es decir, como desaparición de las características previas en lugar de como productor de nuevos tipos de contradicciones, poco más o menos que como un largo proceso de debilitamiento de las determinaciones anteriores, de lo que se sigue que el contenido de las luchas de este ciclo sería ante todo una reacción a este debilitamiento. En tal caso, se perderían algunas de las características principales de este ciclo de luchas: la «brecha» y «el carácter asistémico de la reivindicación salarial» (*cf.* TC 20). Otro riesgo (ligado al anterior) reside en comprender la actual *secuencia particular* (hay que insistir sobre el término de «secuencia») como la determinación principal cuando no exclusiva —y sobre todo definitiva— de la contradicción entre las clases en el marco de la crisis. En ese caso, se perdería, en fin, (último riesgo) la especificidad de la crisis actual.

No se trata de impugnar la importancia de la «constitución/desaparición de la identidad obrera», pero esta no es la «última instancia» (susceptible de ser el

fundamento de una tipología), sino una «sobredeterminación». La «última instancia» es la novedad para sí misma (y no siempre en referencia a algo desaparecido, aunque es evidente que todo tiene una historia) de la relación de explotación surgida de la reestructuración de los años setenta: contradicción entre las clases al nivel de la reproducción de la relación; ninguna relación del proletariado consigo mismo confirmada en la reproducción del capital; estar en contradicción con el capital equivale a estar en contradicción con su propia existencia como clase dentro de su situación de clase.

Cuando en *Una secuencia particular*, es cuestión de «contratipo ideal» (más o menos la identidad obrera), sin duda es de «ideal» de lo que se trata, y la revitalización de ese contratipo tiene unas causas completamente actuales. No se puede basar un análisis de las situaciones actuales en algo muy real pero que no es más que un efecto ideológico de otra cosa, de una relación completamente distinta (la crisis actual de la relación salarial) que genera ese efecto. La cuestión principal no es la constitución y/o la desaparición de la identidad obrera sino la nueva configuración que surgió de ella *hace ahora treinta años* y cuya crisis es, *en unas circunstancias determinadas*, la razón de este «efecto ideológico». Pese a todo el «pesimismo ambiente», el movimiento general, el que ha producido la propia *secuencia particular* y en el que ésta está inscrita, sigue siendo (a grandes rasgos) el definido en la teoría de la brecha.

Hace falta volver sobre la producción de «distinciones» y «líneas divisorias». Parece algo evidente, pero en *Una secuencia particular* eso no se dice ni se hace explícitamente. Al contrario, el texto insiste desde la introducción en la producción de una *unidad*, en la necesidad de reducir todas estas manifestaciones a un común denominador, lo cual es importante, pero es muy poco dialéctico. No se pueden reducir poco menos que a la identidad y sin ulteriores comentarios las revueltas brasileñas o incluso turcas, y prácticas que operan bajo ideologías francamente «contrarrevolucionarias». El problema, por tanto, es que hablar de distinciones y de líneas divisorias significa que existe una unidad. Toda distinción implica algo en común. Hay que conservar la unidad, sin la cual las distinciones y líneas divisorias dejan de serlo. La cuestión de la distinción tiene que ser abordada en función de un punto de vista *interno* a lo que define la unidad (las distintas circunstancias no actúan como marco accidental). ¿Cuál es, entonces, la unidad que se divide, que se distingue y que se comparte? En un primer momento es la «deslegitimación del Estado», el «reparto injusto de la riqueza». De acuerdo con lo que los movimientos dicen de sí mismos, según la historia de los lugares afectados, estos dos elementos comunes («deslegitimación» y «reparto») pueden adoptar rostros, crear dinámicas diferentes, y ser portadores de implicaciones diferentes. Siempre estaríamos entonces ante la exterioridad de las circunstancias, pero eso no es todo.

Por una parte, si nos quedamos ahí, podría haber movimientos más o menos «simpáticos», pero siempre existiría una distinción sencilla entre ricos y pobres (distinción que jamás pone en cuestión el origen y la sustancia —valor, plusvalor— de la riqueza, pues entre «ricos» y «pobres» la cuestión del reparto no está vinculada a la sustancia misma de la riqueza) y la reivindicación de un Estado más o menos social y nacional (cosa que podría abrir camino a perspectivas, por lo que a ellas se refiere, no

muy «simpáticos»). Si nos quedamos ahí, no generamos ninguna dinámica. En Brasil, entre las grandes manis más bien de clase media y los enfrentamientos con la policía en las favelas no hubo confluencia, ni siquiera cuando esas manis bordearon voluntariamente las favelas; igualmente, en Turquía, la gran ocupación de Taksim y los disturbios en los barrios periféricos discurrieron de forma paralela. Y, en uno y otro caso, los grandes centros obreros se mantuvieron relativamente indiferentes. Sin embargo, es cierto, no porque algo no haya sucedido no quiere decir que no pueda suceder...

Por otra parte, para que la historia del país y de su Estado tengan un impacto en lo que se refiere a las distinciones que tenemos que tratar de detectar (lo cual vuelve a poner la teoría sobre sus pies), sigue haciendo falta que aquello a lo que se aplica la historia del país sea susceptible de distinción y de dinámica. Ahora bien, considerados en sí mismos, ni la deslegitimación del Estado, ni el reparto injusto lo son. Es ahí donde hay que volver sobre la cuestión central de la dualidad relaciones de producción/relaciones de distribución.

Podrá parecer muy abstracto, pero el error fundamental de *Una secuencia particular* (más allá de la falta de unidad en la construcción del texto y en el encadenamiento de los conceptos) reside, pese a algunas precauciones teóricas, en haber hecho funcionar las relaciones de producción y las relaciones de distribución como *dos mundos separados*. El paso de las primeras a las segundas fue como un borrado total de las primeras. Y eso a despecho de todo lo que pudo decirse en un texto como « Tel quel » (coyuntura) en TC 24. No se trata de un paso, sino de una relación que más bien podría calificarse de «reflexión» de un término dentro del otro (mediación consigo mismo, gracias a su propia negatividad: relación consigo sólo en tanto relación con algo diferente de sí, *cfr. Doctrina de la esencia*¹).

«En consecuencia, los modos y relaciones de distribución aparecen sólo como el reverso de los agentes de producción. Un individuo que participa en la producción bajo la forma de trabajo asalariado, participa bajo la forma de salario en los productos, en los resultados de la producción.» (Marx, *Grundrisse*, Siglo XXI, vol. I, p. 15). No se trata de confundir las dos, y es cierto que las formas de la distribución se autonomizan como objeto de la lucha de clases, hasta el punto de que la posibilidad de actuar sobre ellas se presentaba como totalmente libre y de que su trastrocamiento acarrearía, debido a la libertad de esa misma acción, la de las relaciones de producción. Semejante punto de vista es natural en la sociedad capitalista. Ahora bien, al erigir la distribución en polo absoluto de la sociedad, es decir aquel que determina todas las divisiones y las luchas, nos condenamos a aceptar todas sus leyes, pues se ha tomado aquello que no es más que «el reverso de la producción» por las relaciones sociales capitalistas en su conjunto. Pese a que esta proposición señala muy bien los límites de numerosas luchas y movimientos actuales, tomada de forma absoluta, es errónea si se aplica indistintamente a todos los movimientos.

Siempre hay reflexión de un tipo de relaciones en el otro, un juego entre ambos; porque existe este juego, toda clase de circunstancias pueden tener un impacto específico (y no, en definitiva, porque todo existe en el marco de la historia) y el juego no

¹ Capítulo de la *Ciencia de la Lógica* de Hegel. [N. del t.]

es el mismo según la posición social de los actores, según la segmentación de la clase y las relaciones conflictivas entre los segmentos; también la tendencia a la unidad existe dentro de esta reflexión. Convergencias y autonomía de las luchas no son momentos diacrónicos. Es ahí donde reside la posibilidad de dinámicas y, en la situación actual, de las «distinciones» y las «líneas divisorias» que puedan construirse dentro de los movimientos. Y sin duda los examinamos como «movimientos actuales». En efecto, la importancia del posible efecto de las relaciones de distribución sobre las relaciones de producción es del todo específica a la crisis actual: crisis de la relación salarial, doble desconexión entre la reproducción de la fuerza de trabajo y la valorización del capital, crisis de la zonificación mundial y de su representación, identidad de la crisis de sobreacumulación y de subconsumo, carácter asistémico de la reivindicación salarial. Y volvemos a encontrarnos con la pobreza. Puesto que existe una dinámica en el límite (actuar como clase), puesto que existen distinciones *fundadas*, podemos, a la inversa, llamar a las cosas por su nombre y mostrar una intransigencia teórica total frente a los movimientos que formalizan los límites y se quedan ahí.

Es preciso explorar este juego entre relaciones de producción y relaciones de distribución y preguntarse, entre otras cosas, por qué Marx, al final de *El Capital*, aborda su capítulo sobre las clases a partir de la distribución de los réditos. Por ahora, nos basta con determinar sobre qué objeto se ejerce el impacto de las circunstancias (su «eficacia», como diría un «teórico»), es decir, este juego (relaciones de producción/relaciones de distribución) definido como susceptible de dinámica a partir del momento en que los términos no se consideran como los de una alternativa (o una cosa o la otra). Si las circunstancias (condiciones existentes, *cf.* TC 24 sobre el concepto de coyuntura) impactan (qué palabra más fea) sobre esta relación entre las relaciones de producción y las relaciones de distribución dentro de la cual es *específicamente determinante* en el marco de la crisis actual y por ello es *ella misma la que define la posible efectividad de las circunstancias sobre ella*.

Ahora bien, no debería perderse la unidad de la secuencia. El problema central de *Una secuencia particular* residía en que aborda las relaciones de distribución como una especie de «error», una especie de «lo que sea», es decir, como si fueran la traducción a otro registro, como si estuviesen *separadas* de la relación de clase. Por ello no era detectable ninguna dinámica ni, en consecuencia, era posible ninguna toma de partido.

Una vez planteadas estas condiciones previas de método y de contenido, se trata de replantear la siguiente cuestión: ¿cuál es —en el interior de cada situación confusa— el criterio de la «promoción» o de la condena «sin paliativos»? Hemos visto que la proposición siguiente era parcialmente errónea: «Al erigir la distribución en polo absoluto de la sociedad, es decir, aquel que determina todas las divisiones y las luchas, nos condenamos a aceptar todas sus leyes, pues no se ha tomado más que “el reverso de la producción” por el conjunto de las relaciones sociales capitalistas.» La sociedad salarial de la que se trata en *Una secuencia particular* es la existencia de este «reverso» convertida en «el conjunto de las relaciones sociales». Considerada como un proceso general, ineludible, y que se da por sentado, la proposición era efectivamente errónea: como unas relaciones de distribución *necesariamente* otras (mediante un puro pasaje-ruptura) y no reflejo de las relaciones de producción.

Teóricamente, puede considerarse que la «línea divisoria» pasa, de una parte, por un trabajo social y político que no sólo *ratifique* el hecho, sino que además erija y promueva las relaciones de distribución como *polo absoluto* y, por otra, por unas luchas y unas prácticas que designan a las relaciones de distribución precisamente como «*el reverso de las relaciones de producción*», es decir, que se sitúen dentro de la *reflexividad*, sabiendo que ahí puede haber numerosas situaciones intermedias. La distinción puede atravesar una misma práctica y/o un mismo grupo social (subdivisión de clase). Dentro de una lucha, puede ser sincrónica o diacrónica.

En el primer caso (la absolutización), eso puede ir desde las manifestaciones y reivindicaciones típicamente de clase media «progresista» a la presentación detallada de todas las reconstrucciones ideológicas derivadas de la absolutización de las relaciones de distribución, cuyas principales manifestaciones han sido bien descritas y articuladas en *Una secuencia particular*. No nos extenderemos más.

El segundo caso: la reivindicación contra la injusticia, la pobreza, el Estado desnacionalizado, designa a las relaciones de producción *en el interior mismo de la forma en que son atacadas las relaciones de distribución*.

Las relaciones de distribución son la relación fetichista de los réditos con su fuente como factor autónomo; esta relación es inherente al modo de producción y a las relaciones de producción. Relación fetichista en la medida en que vincula el trabajo a una determinada fracción del valor producido, aun cuando el trabajo (productor de valor, sustancia del valor) crea también las demás fracciones del valor distribuido. Para Marx, si se vinculan —como sucede en las relaciones de distribución— el trabajo al salario, entonces es igualmente legítimo vincular capital y ganancia o interés, tierra y renta.

Esto tiene importantes consecuencias en lo que concierne a la comprensión de la lucha de clases y su curso real: ésta refuerza la ilusión de la distribución como lucha entre «*propietarios de una fuente de rédito*». Los agentes de la producción son *prisioneros* de ésta, añade Marx. Es exacto que las relaciones de distribución siempre van por delante, en primera fila, porque los individuos parten siempre de su existencia. Ciertamente, los individuos parten de su vida cotidiana, de sus réditos, es decir, de las relaciones de distribución, del fetichismo vivido como un «destino». Pero, ¿acaso las relaciones de producción están forzosamente muy lejos de esto? Es porque hay un juego y no una dicotomía entre relaciones de producción y relaciones de distribución por lo que la revuelta contra un «destino» puede poner en tela de juicio la eternidad del capital; de lo contrario el pobre seguirá siendo eternamente un pobre, por eternamente rebelde que sea.

En efecto: «El producto se distribuye por un lado en capital, y por el otro en réditos. A su vez uno de esos réditos, el salario, asume siempre la forma de un rédito, del rédito del obrero, sólo después de haberse *enfrentado* previamente (el subrayado es nuestro) al mismo obrero *en la forma de capital* (subrayado en el texto). El enfrentamiento de las condiciones de trabajo producidas y en general de los productos del trabajo, como capital, con el productor directo, implica desde un primer momento un carácter social determinado de las condiciones materiales de trabajo con respecto a los obreros y, por lo tanto, determinada relación que éstos, en la producción misma, establecen con los

poseedores de las condiciones de trabajo y entre sí.» (*El Capital*, Siglo XXI, t. III, vol. 3, p. 1115) ¿Qué significa «después de haberse *enfrentado* previamente al mismo obrero en la forma de capital»? Significa que el valor producido como equivalente del salario hace frente al obrero como capital *variable*, es decir, es una cantidad de valor cambiante como consecuencia de la compra de la fuerza de trabajo, es decir, la asignación a la producción de plusvalor, por tanto, las relaciones de producción. Ahí tenemos el fundamento mismo mediante el que las relaciones de distribución pueden designar a las relaciones de producción.

Marx establece además otra restricción a esta ilusión de la que los «agentes de la producción» son «prisioneros».

«Si se considera primero el capital en el proceso directo de producción (el subrayado es nuestro) – como extractor de plusvalor, esa relación todavía es muy simple, y la conexión real se impone al portador de ese proceso, al capitalista mismo, y aún está en su conciencia. Lo prueba contundentemente la violenta lucha por los límites de la jornada laboral» (ibíd., p. 1052). Sin caer en una sobrevaloración de las «luchas de fábrica», actualmente la dominación de las relaciones de distribución se debe no sólo, como siempre, a que es la «ilusión necesaria dentro de la cual vivimos», sino también a las condiciones de la crisis y al desenvolvimiento, al menos en Occidente, de los «grandes movimientos sociales» que hemos vivido en estos últimos años y al «techo de cristal» ligado a ellos (su incapacidad de penetrar en los lugares de producción). Salvo quizás en China, las «luchas de fábrica» siguen un curso subterráneo y en gran parte paralelo (Brasil, Turquía, España e incluso Egipto) en relación con las grandes «movilizaciones sociales». Si, desde este punto de vista, volvemos sobre las oleadas de huelgas y de luchas diversas entre el final de la década de 1960 y la de 1970 (Italia, Francia, Estados Unidos, Reino Unido, etc.) podemos decir que el comentario anterior de Marx era pertinente (la cita de la p. 1052): no sólo límites de la jornada de trabajo, sino cadencias, organización del proceso de trabajo, significado de las cualificaciones, segmentaciones de la fuerza de trabajo —inmigrantes del sur en Italia—, disyunción entre salario y trabajo, el famoso «lo queremos todo» italiano y, en fin, el no menos famoso «rechazo del trabajo». Todas estas características existen quizás más o menos siempre, pero entonces eran la coloración masiva del período. Desde este punto de vista también habría que hablar de la ola de huelgas que trastocó la industria del automóvil en Francia entre 1981 y 1983, tanto más cuanto que ahí también hubo una presencia y una acción masiva de los trabajadores inmigrados (se trata de un momento capital del que rara vez se trata cuando se aborda la secuencia histórica que conduce a las manis a partir de las barriadas, marcha de los «árabes», hasta llegar al paternalista «No toques a mi colega»). Es cierto que siempre se parte de una existencia dentro de la distribución, pero... pero... las cosas pueden ser muy diferentes según las situaciones (formas de la crisis, relaciones de fuerzas, composición de la clase obrera, estructura de la globalización, etc.).

Sigamos citando a Marx, que se muestra bastante claro: «Según la concepción más superficial, la distribución aparece como distribución de los productos y de tal modo como más alejada de la producción y así independiente de ella. Pero antes de ser distribución de los productos, ella es 1] distribución de los instrumentos de producción (el subrayado es nuestro); 2] distribución de los miembros de la sociedad entre las

distintas ramas de la producción —lo cual es una definición más amplia de la misma relación. (Subsunición de los individuos a determinadas relaciones de producción.) La distribución de los productos es manifiestamente sólo un resultado de esta distribución que se halla incluida en el proceso mismo de producción y determina la articulación de la producción. Considerar a la producción prescindiendo de esta distribución que ella encierra es evidentemente una abstracción vacía, mientras que, por el contrario, la distribución de los productos ya está dada de por sí junto con esta distribución, que constituye originariamente un momento de la producción. (...) Se podría decir que ya que la producción debe partir de una cierta distribución de los instrumentos de producción.» (*Introducción de 1857*).

La lucha contra la injusticia de la distribución se articula con las relaciones de producción cuando como comprensión de sí y de esta injusticia, conscientemente o no, en la práctica, en las formas y el arraigo de la lucha, esta lucha contra la injusticia de la «distribución de los productos» se vincula a las relaciones de producción *poniendo de relieve esta «distribución de los elementos de la producción»*: la ausencia de propiedad, la ausencia de medios de producción, la pobreza. Marx continúa: «Frente al individuo aislado, la distribución (aquí se trata de la distribución de los productos y de la distribución de los instrumentos de producción, que Marx acaba de definir como corolarios) aparece naturalmente como una ley social que condiciona su posición en el seno de la producción (*¡aquí estamos!*), dentro de la cual él produce, y que precede por tanto a la producción (*atención: “frente al individuo aislado”, pero nuestro punto de partida es justamente partir de las relaciones de distribución y de su injusticia*). En su origen el individuo no posee ni capital ni propiedad territorial. Desde que nace está destinado al trabajo asalariado en virtud de la distribución social.» (ibíd.). En resumen, puede ser que, *a partir de la revuelta contra la injusticia, a través de esta forma de la distribución (de los instrumentos de producción) ligada a la distribución de los productos (réditos), el juego entre relaciones de producción y relaciones de distribución llegue a impactar de forma dinámica según las circunstancias históricas y locales*. Se podrá volver a descubrir así la historia de los lugares y del Estado e incluso, a partir de bases absolutamente actuales, la ideología del «contratipo ideal» y la reconstrucción ideológica contrarrevolucionaria bajo la que pueden operar toda suerte de prácticas de clase.

En la misma cita de la *Introducción de 1857*, Marx introduce otra relación de reflexividad entre distribución (de los productos) y producción: «2] distribución de los miembros de la sociedad entre las distintas ramas de la producción —lo cual es una definición más amplia de la misma relación». Los límites entre los que puede oscilar el consumo individual dependen de la composición interna del capital y son fijos en cada momento. Dicho de otra forma: dependen de la «distribución de los miembros de la sociedad entre las distintas ramas de la producción». Aún más claramente: «Hemos demostrado anteriormente que, así como el trabajo del obrero individual se divide en trabajo necesario y plustrabajo, del mismo modo puede dividirse el trabajo global de la clase obrera de tal manera que la parte que produce los medios de subsistencia totales para la clase obrera (inclusive los medios de producción requeridos para ello) desempeña el trabajo necesario para toda la sociedad. El trabajo efectuado por toda la parte restante de la clase obrera puede ser considerado como plustrabajo.» (Marx, *El Capital*, Siglo XXI, t. III vol. 8, p. 814). Aunque el trabajo de los productores directos de

medios de subsistencia se divide, para ellos mismos (y para el capital que los explota), en trabajo necesario y plus-trabajo, representa, desde el punto de vista de la sociedad, el trabajo necesario para la producción exclusiva de los medios de subsistencia, es decir el trabajo necesario en relación con el plus-trabajo. Asimismo, dentro de todo esto no estamos lejos de la cuestión de los disturbios y del suelo de cristal.

Desde este punto de vista, una protesta contra la utilización del dinero público, contra la escasez de inversión en un barrio, etc., puede establecer una relación dinámica en el juego entre relaciones de distribución y relaciones de producción, pues lo que está en juego es la relación trabajo necesario/plus-trabajo. También aquí pueden intervenir toda clase de circunstancias, pero lo que habría que definir es sobre qué materia intervienen. No sólo hace falta que esta materia sea *susceptible de ser «dinamizada»*, sino que también es preciso que sea esta misma materia la que *determine la especificidad actual de la crisis y las relaciones de clases que van a «dinamizarla» o, por el contrario, «absolutizarla»*. En un mismo movimiento pueden entrecruzarse, combatirse o ignorarse tendencias diferentes.

Las reivindicaciones y luchas en torno a la distribución se encuentran constantemente sumidas en la ambigüedad y no todas son idénticas en su capacidad de designar a las relaciones de producción. De ahí que no todas las revueltas contra un «destino de pobre» (campesinos incluso «sin tierra», micro-empresarios informales) sean idénticas. También habría que volver sobre la relación entre relaciones de producción y de distribución en la constitución de la identidad obrera.

Es preciso, por último, guardarse de una última «trampa». De acuerdo con los criterios planteados, los países «pobres» o «emergentes» (poco importa aquí la denominación) tendrían una facultad superior de encarnar dinámicas y distinciones positivas en relación con las áreas centrales. Quizás se trate de viejos reflejos «eurocéntricos», pero esto resulta incómodo. La capacidad de un revendedor de cartones usados de El Cairo o de Rio para reflexionar en su lucha sobre el reparto de las riquezas (sobre la distribución) y las relaciones de producción que constituyen el contenido mismo de la riqueza y por ende de su reparto, no es más evidente que la del obrero profesional de Sochaux que tiene una segunda residencia en las colinas del Jura.

A propósito del juego entre relaciones de producción y relaciones de distribución: Notas sobre la sección séptima del Libro III: Los réditos y sus fuentes (*El Capital*, Siglo XXI, vol. 8, pp. 1037 a 1123)

Théorie Communiste nº 25, mayo de 2016, pp. 71-79

La gran importancia de los 5 capítulos de esta séptima sección reside en que Marx muestra *la producción real de la ilusión, de las formas de apariencia*, como una (¿la?) realidad necesaria.

En estos capítulos, esta producción se articula en torno a 6 factores (el orden en que aparecen aquí no es significativo, en un trabajo más elaborado habría que articularlos).

- la autopresuposición
- la circulación
- la perecuación
- la apropiación de las fuerzas sociales
- las clases
- la personificación

La finalidad de todo esto es mostrar cómo las relaciones de distribución, es decir, la relación fetichista de los réditos con su fuente en tanto factor autónomo es inherente al modo de producción y a las relaciones de producción. De lo que se derivan enormes consecuencias en lo que concierne al curso real de la lucha de clases y su comprensión. Si retomamos estos fundamentos, es para mostrar la importancia *específica* de todo esto en la situación actual, vista la especificidad histórica de la crisis (*cfr.* los comentarios sobre relaciones de producción y relaciones de distribución). Las crisis siempre tienen una naturaleza específica. Es preciso mostrar (frente a lo que se desprende de *Una secuencia particular*) que entre relaciones de producción y relaciones de distribución hay un juego *abierto*. Lo que en la actualidad hace pertinente abordar la situación desde esa perspectiva (la distribución —que puede llegar a hacerse predominante— en su relación con las relaciones de producción) es también la cuestión del Estado (desnacionalización/legitimidad).

El punto más sintético (la máxima abstracción) al que se llega, cuando se utilizan estos capítulos en esta óptica, es la distinción que Marx establece entre «trabajo asalariado» y «trabajo productivo de valor». El trabajo asalariado es una relación social que vincula el trabajo a un rédito, el salario (precio del trabajo), y lo convierte en la fuente de ese rédito. Es decir, que vincula el trabajo a una determinada fracción del valor producido, aun cuando el trabajo (productor de valor, sustancia del valor) crea también las demás fracciones del valor distribuido. Para Marx, si, como sucede en las relaciones de distribución, se vincula el trabajo al salario, es igualmente legítimo vincular capital y ganancia, tierra y renta. Por tanto, establece una distinción entre

trabajo asalariado y trabajo-valor: «Si el trabajo asalariado coincide con el trabajo en general, pues, también coincidirá el salario con el producto del trabajo, y la parte de valor que representa el salario con el valor creado en general por el trabajo. Pero de este modo las demás partes de valor, la ganancia y la renta, se enfrentan con igual autonomía al salario y han de surgir de fuentes propias, específicamente diferentes e independientes del trabajo...» (1051). Esto resulta bastante arduo.

a) *La autopresuposición*

«Como todos sus predecesores, el proceso capitalista de producción se opera bajo determinadas condiciones materiales que, empero, son al mismo tiempo portadoras de determinadas relaciones sociales que los individuos contraen en el proceso de reproducción de su vida. Aquellas condiciones, como estas relaciones, son por un lado supuestos, y por el otro resultados y creaciones del proceso capitalista de producción, el cual las produce y reproduce.» (1042-1043)

«[...] supongamos que los valores de las mercancías o los precios de producción, independientes de aquéllos sólo en apariencia, coincidiesen directa y constantemente en su manifestación con los precios de mercado de las mercancías, en vez de imponerse, antes bien, sólo como los precios medios reguladores merced a la compensación ininterrumpida de las constantes oscilaciones que experimentan los precios de mercado. Supongamos además que la reproducción se verifica siempre bajo las mismas, inalteradas condiciones, o sea que la productividad del trabajo permaneciese constante en todos los elementos del capital. Y supongamos, por último, que la parte de valor del producto mercantil que se forma en cada esfera de la producción por adición de una nueva cantidad de trabajo —o sea de un valor recién producido— al valor de los medios de producción, se descompusiese, bajo circunstancias siempre iguales, en salario, ganancia y renta, de tal manera que el salario realmente pagado, la ganancia efectivamente realizada y la renta efectiva coincidieran de manera constante y directa con el valor de la fuerza de trabajo, con la porción del plusvalor global que, en virtud de la tasa de ganancia media, recae en cada una de las partes del capital global que funcionan en forma autónoma y con los límites en que, *normaliter* [normalmente], está confinada sobre esta base la renta de la tierra. (...)

[...] incluso bajo estos supuestos, el movimiento real se manifestaría necesariamente en una figura invertida: no como descomposición en tres partes de una magnitud de valor dada de antemano, partes que asumen formas rediticias mutuamente independientes, sino, a la inversa, como formación de esa magnitud de valor a partir de la suma de los elementos que la compondrían: el salario, la ganancia y la renta, independientes y determinados de manera autónoma, cada cual por su lado. Esta apariencia surgiría necesariamente porque en el movimiento real de los capitales individuales y de sus productos mercantiles no es el valor de las mercancías el que aparece presupuesto a su desglosamiento, sino que, a la inversa, son los componentes en que se desglosan los que funcionan como presupuestos al valor de las mercancías.» (1103-1104)

En la página 246, Marx enuncia que:

- el salario está fijado por contrato incluso antes de que haya sido producido el equivalente del valor que le corresponde

- la ganancia media es un elemento regulador para la transferencia de los capitales de una rama a otra, pero también es una magnitud dada de antemano (independiente del plusvalor producido en cada rama). Interviene en todas las ventas y los contratos.
- La descomposición del plusvalor (interés, ganancia, renta): formas independientes presuntamente existentes con antelación.

«El secreto de por qué esos productos de la descomposición del valor mercantil se manifiestan siempre como los supuestos de la formación misma del valor es, simplemente, que el modo capitalista de producción, como cualquier otro, no sólo reproduce constantemente el producto material, sino además las relaciones económico-sociales, las determinaciones formales económicas bajo las cuales se forma ese producto. Por ello, el resultado de dicho modo de producción aparece constantemente como presupuesto a él, sus presupuestos aparecen como sus resultados.» (1106)

b) La circulación

«Y tanto la restitución de los valores adelantados en la producción como, ante todo, el plusvalor contenido en las mercancías no parecen realizarse meramente en la circulación, sino surgir de ella.» (1053)

«Pero además, el proceso real de producción, como unidad del proceso directo de producción y del proceso de circulación, genera nuevas configuraciones donde se pierde cada vez más el hilo de la conexión interna, las *relaciones de producción* (el subrayado es nuestro) se autonomizan unas con respecto a otras y los componentes de valor se petrifican unos frente a otros en formas autónomas.» (1053-1054). La frase anterior termina así: «... la ley interna [...] permanece invisible e ininteligible para los agentes singulares de la producción misma».

Esta incorporación de la circulación como vector de la inversión es fundamental, pues la circulación es definitoria de la «unidad del proceso directo de producción». A ese nivel, nos encontramos verdaderamente inmersos en la *necesidad* de la ilusión, en la realidad de las formas de apariencia. Ya no nos encontramos inmersos en una mistificación. Habría que reflexionar sobre este «para los agentes singulares». En la medida en que las clases son producidas dentro de esta «unidad del proceso», ¿no es esto igualmente válido a este nivel?

(Habría muchos otros pasajes a inventariar sobre la circulación.)

c) Perecuación

«Un papel similar al del salario en el precio de costo de la mercancía desempeña la ganancia media en su precio de producción, pues el precio de producción es igual al precio de costo más la ganancia media sobre el capital adelantado.» (1105) Aquí podríamos multiplicar las explicaciones relativas al hecho de que la ganancia como ganancia media se desprende de la relación de explotación de la mano de la propia ley del valor como regulación del modo de producción. Si la ganancia aparece como rédito cuya fuente autónoma es el capital en tanto medio de producción, entonces lo mismo sucede con los demás factores de la producción en tanto fuentes de réditos.

d) Apropiación de las fuerzas sociales del trabajo

Después de haber escrito que en el proceso inmediato de producción «la conexión real se impone...», Marx agrega que también allí las cosas se complican «Al desarrollarse el plusvalor relativo en el propio modo específicamente capitalista de producción, con lo cual se desarrollan las fuerzas productivas sociales del trabajo, estas fuerzas productivas y las conexiones sociales del trabajo aparecen en el proceso laboral directo como desplazadas del trabajo al capital. De esta suerte, el capital ya se vuelve un ente místico en grado sumo, puesto que todas las fuerzas productivas sociales del trabajo se presentan como fuerzas que le pertenecen al capital y no al trabajo en cuanto tal, y que retoñan de su propio seno.» (1052). Y para complicar las cosas aún más, Marx prosigue inmediatamente sobre el proceso de circulación, en el que «las relaciones de la producción de valor originaria se retiran por completo a un segundo plano».

Podrían indicarse otras citas.

Es el capital el que aparece como productivo. En los *Grundrisse* un fragmento dice que el capital es productivo: «Por tanto, la cuestión de si el capital es o no productivo, es absurda.» (Siglo XXI, vol. I, p. 249).

e) La personificación

«El gran mérito de la economía clásica consiste en haber disuelto esa falsa apariencia, esa superchería, esa autonomización recíproca y ese esclerosamiento de los diferentes elementos sociales de la riqueza, esa personificación de las cosas y cosificación de las relaciones de producción, esa religión de la vida cotidiana.» (1056) y p. 255. El obrero como «persona» (*Grundrisse*, vol. 1, p. 426)

Otras citas a indicar.

f) Las clases

Aquí nos encontramos ante algo muy delicado (como cabe suponer).

«Primero, porque los componentes de valor de la mercancía se enfrentan unos a otros como réditos autónomos que en cuanto tales están referidos a tres fuerzas operantes en la producción totalmente diferentes entre sí —el trabajo, el capital y la tierra— y que, por ende, parecen brotar de éstas. La propiedad (esta «propiedad» también es importante para la personificación, cfr. el pasaje de los *Grundrisse*) de la fuerza de trabajo, del capital y de la tierra es la causa que hace que esos diferentes componentes de valor de las mercancías recaigan en esos respectivos propietarios y, por ende, los transforma en réditos para ellos. Pero el valor no surge de una transformación en rédito, sino que debe existir antes de que pueda transformarse en rédito y asumir esa figura. La apariencia inversa se consolida con tanto mayor necesidad, por cuanto la determinación de la magnitud relativa de esas tres partes obedece a leyes heterogéneas entre sí, cuya conexión con el valor de las mercancías mismas y cuya limitación por dicho valor en modo alguno se muestra en la superficie.» (1101)

Página 248. Después de haber escrito que «la determinación misma del valor, es algo que al capitalista individual no le interesa absolutamente nada», Marx prosigue: «Por el contrario, salario, interés y renta se le manifiestan como límites reguladores no

sólo del precio a que puede realizar la parte de la ganancia que le toca en cuanto capitalista actuante —la ganancia empresarial—, sino del precio al que en general debe poder vender la mercancía si es que ha de serle posible una reproducción continua. Para él es absolutamente indiferente que realice o no en la venta el valor y plusvalor encerrados en la mercancía, siempre y cuando extraiga del precio la ganancia empresarial acostumbrada o una mayor, por encima del precio de costo dado individualmente para él por el salario, el interés y la renta.»

Podríamos multiplicar pasajes idénticos en estos 5 capítulos; lo que importa subrayar es que en «ciertos aspectos» (expresión bastante confusa), la lucha entre las clases está circunscrita (predeterminada) al interior de barreras infranqueables, es decir que la ley del valor también es un regulador para ella.

En *Para leer El Capital*, uno de los autores expone algo por el estilo. El problema es que para Althusser y sus compañeros esto no era un problema. Una de las proposiciones fundamentales de Althusser es que las leyes de reproducción de un modo de producción no tienen nada que ver con el (o los) procesos de su superación. Las leyes de reproducción sólo pueden reproducir. Al no entenderla como contradicción entre las clases, en la medida en que tampoco se historiza nada, la fórmula del «capital como contradicción en proceso» no es para él tendencia a la abolición de la regla.

Dicho esto, no sólo el valor es el regulador de la lucha de clases, *sino que además la lucha de clases refuerza la ilusión de la distribución como lucha entre «propietarios de una fuente de rédito».*

«La descomposición de los valores de las mercancías, una vez deducido el valor de los medios de producción consumidos en su producción; la descomposición de esa masa dada de valor —determinada por la cantidad de trabajo objetivada en el producto mercantil— en tres componentes, que como salario, ganancia y renta de la tierra asumen la figura de formas rediticias autónomas y mutuamente independientes; esa descomposición, decíamos, se presenta invertida en la superficie visible de la producción capitalista y, por ende, en las concepciones de los agentes *inmersos en ella* (el subrayado es nuestro).» (1100)

Ahora bien: «El producto se distribuye por un lado en capital, y por el otro en réditos. A su vez uno de esos réditos, el salario, asume siempre la forma de un rédito, del rédito del obrero, sólo después de haberse *enfrentado* (el subrayado es nuestro) previamente al mismo obrero en la *forma de capital* (subrayado en el texto). El enfrentamiento de las condiciones de trabajo producidas y en general de los productos del trabajo, como capital, con el productor directo, implica desde un primer momento un carácter social determinado de las condiciones materiales de trabajo con respecto a los obreros y, por lo tanto, determinada relación que éstos, en la producción misma, establecen con los poseedores de las condiciones de trabajo y entre sí.» (253) Aquí tenemos el fundamento mismo mediante el que las relaciones de distribución designan a las relaciones de producción.

«Superficie de la producción», de acuerdo, pero ¿cómo llega la lucha de clases a situarse «en profundidad» y a «enderezarse»? ¿Existe una profundidad (véase TC 23, p.

163)? ¿Tiene la lucha de clase «necesidad» de «enderezarse» y «situarse en profundidad»? ¿Acaso la lucha de clases puede salir de esta ilusión? Si se responde negativamente, ¿significa eso que entonces podemos añadir: «y tanto mejor, porque es así como esto se presenta en el seno de sí misma como algo a superar y plantea el valor como lo que está en juego en la superación»? Cela me parecen cuestiones ineludibles, pero la pendiente se desliza hacia la *Wertkritik*.

A ese respecto, habría que continuar con citas de las *Théories sur la plusvalue*, t. 3, sobre la realidad del fetichismo: Ed. Sociales, pp. 573 y 604 y, en estos capítulos de *El Capital*: p. 1056: «... Por otro lado, en cambio, es asimismo natural que los agentes reales de la producción se sientan por entero a sus anchas en estas formas enajenadas e irracionales de capital-interés, suelo-renta, trabajo-salario, pues son precisamente las configuraciones de la apariencia en que se mueven y con las cuales tienen que vérselas todos los días.»

Resolución programática del problema:

«La concepción que sólo considera históricas las relaciones de distribución, pero no las de producción, por un lado sólo es la concepción de la crítica incipiente, pero aún apocada, de la economía burguesa. Por el otro, sin embargo, se funda en una confusión e identificación del proceso de producción social con el proceso simple de trabajo, tal cual debiera ejecutarlo también un hombre anormalmente aislado, sin ningún auxilio social. En la medida en que el proceso de trabajo sólo es un mero proceso entre el hombre y la naturaleza, sus elementos simples siguen siendo comunes a todas las formas sociales de desarrollo del mismo. Pero cada forma histórica determinada de este proceso desarrolla ulteriormente las bases materiales y las formas sociales de aquél. Una vez que ha llegado a cierto grado de madurez, se remueve la forma histórica determinada, la cual deja su lugar a una superior. Que ha llegado el momento de tal crisis es algo que se advierte no bien la contradicción y antagonismo entre las relaciones de distribución, y por ende también entre la figura histórica determinada de las relaciones de producción que les corresponden, por un lado, y las fuerzas productivas, la capacidad de producción y el desarrollo de sus fuerzas operantes, por el otro, ganan amplitud y profundidad. Entonces se verifica un conflicto entre el desarrollo material de la producción y su forma social.» (1120-1121).

Es programático, pero aun así aquí tenemos esta «extraña» idea según la cual es la crisis en las relaciones de distribución la que «revela» (cuesta encontrar el término apropiado) la obsolescencia de las relaciones de producción (encontramos una exposición bastante semejante *Théories sur la plusvalue* t. 3, p. 367 – con el empleo simultáneo, de paso, de *Gegensatz* («antagonismo») y de *Widerspruch* (contradicción)². También cabe remitir al prólogo de Engels a la primera edición alemana de *Miseria de la filosofía* (1884): «Según las leyes de la economía burguesa, la mayor parte del producto no pertenece a los obreros que lo han creado. Cuando decimos que es injusto, que no debe ocurrir, esto nada tiene de común con la economía política. No decimos sino que este hecho económico se halla en contradicción con nuestro sentido moral. Por eso Marx no basó jamás sus reivindicaciones comunistas en argumentos de esta especie,

² Sobre la utilización de estos dos términos en Marx, véase en este n° el texto *Contradiction (s), antagonismes et idéologie*.

sino en el desmoronamiento inevitable del modo capitalista de producción, desmoronamiento que adquiere cada día a nuestros ojos proporciones más vastas; Marx habla sólo del simple hecho de que la plusvalía se compone de trabajo no retribuido. Pero lo que no es exacto en el sentido económico formal, puede serlo en el sentido de la historia universal. Si la conciencia moral de las masas declara injusto un hecho económico cualquiera, como en otros tiempos la esclavitud o la prestación personal campesina, esto constituye la prueba de que el hecho en cuestión es algo que ha caducado y de que han surgido otros hechos económicos, en virtud de los cuales el primero es ya intolerable y no puede mantenerse en pie. *Por consiguiente, en la inexactitud económica formal puede ocultarse un contenido realmente económico.*» (el subrayado es nuestro)

Marx ofrece otra pista para comprender la inestabilidad de las luchas de clases a nivel de las relaciones de distribución o más bien a qué nivel estructural se sitúa la fisura de la «prisión» (p. 1056).

«Podría parecer que al menos en “trabajo-salario” se enuncia una relación racional. Pero esto dista tanto de ser así como en el caso de “suelo-renta de la tierra”. En la medida en que el trabajo es formador de valor y se representa en el valor de las mercancías, nada tiene que ver con la distribución de ese valor en diferentes categorías. *En la medida en que tiene el carácter específicamente social del trabajo asalariado, no es formador del valor.* (el subrayado es nuestro). Antes se mostró justamente que salario o precio del trabajo sólo es una expresión irracional para el valor o precio de la fuerza de trabajo, y las determinadas condiciones sociales en que se vende esa fuerza de trabajo nada tienen que ver con el trabajo como agente general de la producción. El trabajo también se objetiva en el componente de valor de la mercancía, componente que como salario forma el precio de la fuerza de trabajo, y crea esta parte al igual que las demás partes del producto, pero en esta parte no se objetiva más ni de modo distinto que en las partes que forman la renta o la ganancia. Y en general, si nos fijamos en el trabajo como formador de valor, no lo consideramos en su figura concreta como condición de producción, sino en una determinación social que difiere de la del trabajo asalariado.» (1047-1048)

El capital como relación de producción (absorción del trabajo vivo, extorsión de plustrabajo, explotación) hace él mismo esta distinción: «*Resulta claro que el capital presupone el trabajo como trabajo asalariado* (el subrayado es nuestro, porque es importante posteriormente a fin de mostrar que existe una conexión entre los dos «trabajos», conexión que Marx deja aquí de lado) Pero asimismo resulta claro que si partimos del trabajo como trabajo asalariado, de manera que parezca sobrentendida la coincidencia del trabajo en general con el trabajo asalariado, también el capital y la tierra monopolizada deberán aparecer como forma natural de las condiciones de trabajo, frente al trabajo en general.» (1049-1050)

La distinción reside en el hecho de que en el reparto (salario, renta, ganancia), la variación de los réditos, se mueve dentro de los límites del valor creado (pp. 231 y 234).

En el primero de estos 5 capítulos, *La fórmula trinitaria*, tras haber recordado la mistificación inherente a toda producción mercantil, Marx subraya que con el MPC «ese

mundo encantado y distorsionado se desarrolla mucho más aún» (1052). *No obstante, aporta inmediatamente una restricción*: «Si se considera primero el capital en el proceso directo de producción– como extractor de plus trabajo, esa relación todavía es muy simple, y la conexión real se impone al portador de ese proceso, al capitalista mismo, y aún está en su conciencia. Lo prueba contundentemente la violenta lucha por los límites de la jornada laboral» (1052). Cabe señalar que Marx toma aquí como ejemplo la jornada de trabajo y no las luchas en torno al salario, con respecto a las cuales mantuvo siempre una posición muy crítica. No porque estuviera en contra de ellas (*cfr.* la polémica con Proudhon en *Miseria de la filosofía*), sino «crítica» en el sentido de que subraya siempre el carácter eternamente recurrente de las mismas ya que impuesto a través de la ley del valor de la fuerza de trabajo y que en última instancia la hace respetar (*cfr.* las conferencias ante la AIT: *Salario, precio y ganancia* – 1865). Y añade inmediatamente: «Pero incluso dentro de esta esfera no mediada, en la esfera del proceso directo entre trabajo y capital, las cosas no son tan simples.» (1052). Se complican en este párrafo por dos razones: la apropiación de las fuerzas sociales del trabajo y la circulación (véase más arriba).

En todos estos pasajes sobre la distinción entre trabajo asalariado y trabajo-valor, hay un aspecto que Marx no desarrolla, el de su *conexión*. Pese a decir claramente que el trabajo asalariado (en tanto forma mistificada) es el fundamento del MPC, en estos capítulos no recuerda que el valor sólo se convierte en la finalidad general y absoluta de la producción sobre este fundamento. No resulta tan evidente que: «En la medida en que el trabajo es formador de valor y se representa en el valor de las mercancías, nada tiene que ver con la distribución de ese valor en diferentes categorías.» (véase más arriba). Existe, pues, una conexión entre la forma mistificada de las relaciones de distribución (forma necesaria: lo esencial de estos capítulos reside en mostrar esta necesidad) y las relaciones de producción visible en el proceso de producción inmediato (*cfr.* cita precedente p. 1052): la condición de asalariado producida como una constricción externa (TC 15, p. 5 y muchos otros sitios). Lo que habría que exponer con un poco de claridad es que las reivindicaciones y las luchas en torno a la distribución se encuentran constantemente sumidas en una ambigüedad.